



Joan Romero

El mal llamado “debate territorial” español es el único de nuestros grandes retos históricos que aún permanece abierto. Los ejemplos de Bélgica, Reino Unido y Canadá, junto a España, indican que esta cuestión sigue siendo muy relevante. Nuestro gran desafío es doble: de una parte ser capaces de construir mecanismos verdaderamente federales, y de otra, saber hacer compatible el reconocimiento político de las distintas naciones que en España existen.

España y sus naciones

Joan Romero *Universitat de València*

Hace casi un lustro, cuando escribía España *inacabada*, me preguntaba cuánto oxígeno político tenía el federalismo plurinacional entre las distintas expresiones nacionalistas que en España existen. Hoy dispongo de más argumentos para responder: muy escaso. Y sin embargo, sigo pensando que es el camino más transitable entre todos los posibles.

Nunca como ahora se habla con tanta claridad en Cataluña o en País Vasco de independencia, de derecho a decidir o de autodeterminación y nunca como ahora en treinta años han aflorado con tanta claridad sentimientos de incompreensión o irritación, sensación de menosprecio y humillación y, a la vez, desde otra parte se acentúan expresiones bien conocidas del nacionalismo español. A estos les cuesta mucho reconocer que España es un Estado plurinacional. Como lo es Bélgica o el Reino Unido, por citar únicamente aquellas comunidades con las que compartimos proyecto

tuaciones separadoras, el nacionalismo español y sus excelentes altavoces proporcionan argumentos a los partidarios de la separación.

De otra parte, entre quienes mantienen posiciones independentistas, ven factible convertirse en un Estado dentro de una Unión Europea que haría posible y viable la supervivencia de Estados pequeños, pero más cohesionados y eficientes, al quedar liberados de obligaciones básicas que ahora quedan resueltas en un ámbito supraestatal. En sus discursos suelen encontrarse lecturas muy sencillas de procesos muy complejos. También suelen tomar la parte por el todo, ignorando la creciente pluralidad de la propia sociedad a la que convocan. Y además en ocasiones tienen dificultades para saber discernir la diferencia que muchos ciudadanos hacen entre mayor grado de autonomía política, hoy mayoritario en estas naciones internas, con la aspiración, ya no tan mayoritaria, de convertirse en un nuevo Estado. Ese paso definitivo, dejando a un lado consideraciones geopolíticas que no son precisamente menores, no es tan seguro que cuente con mayorías cualificadas.

Unos imaginan la Constitución de 1978 como estación término y otros como punto de partida. Unos aún no están ahí, entienden sobrepasado el proceso de descentralización y siguen añorando un Estado-nación que ya no existe más que en su imaginación. Otros ya no están ahí y consideran que han quedado cerradas las puertas de un proceso de construcción de la autonomía política que ha quedado desvirtuado o incumplido. Y probablemente la mayoría de los ciudadanos seguimos esperando en el andén a que la

política encuentre soluciones que no nos obligue a decidir.

Nuestro mayor desafío colectivo sigue siendo el reconocimiento del hecho plurinacional. Las encuestas de opinión muestran de forma reiterada que en Cataluña, en el País Vasco y, menor grado, en Galicia, una parte de los ciudadanos que allí viven prefieren utilizar el término nación para referirse a su Comunidad, se sienten más catalanes o vascos que españoles (cuando no únicamente catalanes o vascos) y aspiran a conseguir un reconocimiento de nación independiente para su Comunidad. Aunque se trate sólo de una parte de la sociedad. Y aunque ese sentimiento no necesariamente haya de traducirse en la existencia de una voluntad mayoritaria de separarse de una comunidad política mayor como ha puesto de relieve acertadamente Michael Keating en su reciente estudio sobre Escocia.

Reconocer la existencia de diversas naciones en España no supone que se tenga que ser nacionalista, pero eso no impide constatar un hecho histórico que hunde sus raíces en nuestra(s) historia(s) y en la incapacidad de articular un proyecto colectivo capaz de integrar a distintos pueblos que se sienten diferentes y que tal vez podrían caminar juntos. Las naciones están ahí y seguirán presentes en el nuevo contexto globalizado. La globalización no diluye esos fuertes sentimientos. Y aunque es cierto que vivimos en sociedades cada vez más complejas y multiculturales, donde las personas expresan múltiples sentimientos de pertenencia y de adscripción identitaria, no es menos cierto que existe para determinados grupos de población el sentimiento de pertenecer, de identifi-

carse, de reconocerse porque comparten una lengua común, una historia propia y en muchas ocasiones una geografía.

Por eso resulta tan preocupante el fracaso de la política a la hora de gestionar la tramitación del Estatuto catalán. Muchos pensábamos que cuando hubieran culminado el reciente proceso de reformas de Estatutos de Autonomía se habrá producido una notable profundización en el autogobierno en España en clave federal. Se trataba de una excelente ocasión para actualizar el pacto político dando mayor

más federal en ámbitos fundamentales como el de la financiación, en el reconocimiento de amplia capacidad normativa diferenciada en determinadas materias como la lengua propia o la justicia, así como en el proceso de reconocimiento de elementos simbólicos relevantes como la consideración de nación.

Ahora corresponde a la política enmendar sus errores y gestionar el nuevo y confuso escenario. Los esfuerzos deberían encaminarse a argumentar que el respeto a las reglas de juego constitucionales es uno de nuestros mejores activos como comunidad política plurinacional y debiera ser uno de nuestros mejores legados; a convencer a la mayoría de que el mantenimiento de la identidad propia no necesariamente debe adentrarse por la vía arriesgada de la secesión, sino que formar parte de un Estado plurinacional es mejor que verse obligado a decidir, aunque fuera posible, entre nacionalismos o entre una de las identidades posibles; a defender los valores positivos de una comunidad política multinacional, multicultural y multilingüe; a exigir a los poderes públicos avances sustanciales en el terreno del reconocimiento simbólico de la diversidad; a perfeccionar el Estado

Autonómico en clave federal y a integrar mejor la España plurinacional. Un nuevo pacto político, en definitiva, que aborde estas cuestiones con claridad y normalidad, sin buscar atajos, sin emboscadas y sin trapacerías. En caso contrario, la desafección amentará, aún más, y las consecuencias serán imprevisibles. ✨

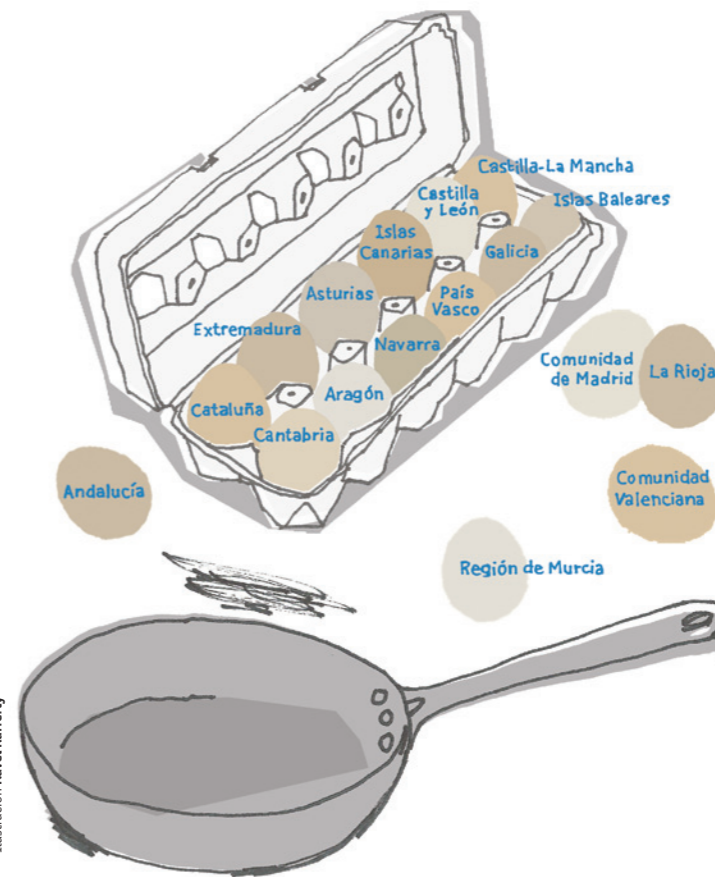


Ilustración Kavel Rafferty

“ Nuestro mayor desafío colectivo sigue siendo el reconocimiento del hecho plurinacional

político común. Desde su nacionalismo banal y cotidiano hablan de “cerrar” un modelo de Estado. Achacan a la autonomía política, quiero pensar que por ignorancia, la mala salud de las cuentas públicas y la evolución del déficit público. Con sus discursos, actitudes y ac-